

MANUEL VOGT

¿Y si mataran a Zury Ríos?

La impunidad sigue siendo aterradora en los barrios pobres como en los círculos sociales más altos.

Si mataran a Zury Ríos, la hija de Efraín Ríos Montt, ¿qué diría el exgeneral? ¿Exigiría él que dejen en paz al asesino para no cometer venganza? ¿Y usted? Si a usted le matan a su esposo o violan a su hermana, ¿qué diría? ¿Prefiere no llevar al asesino a la justicia porque sería venganza? ¿Preferiría olvidar para vivir en paz?

Pues ese es el argumento que nos ofreció el exjefe de estado Efraín Ríos Montt en el primer día de su juicio por genocidio. “Una cosa es que se haga justicia y otra, venganza”. O, en otras palabras: sancionarle jurídicamente por los crímenes terribles –ascendiendo a miles de hijos, esposos y hermanos asesinados– que se cometieron bajo su mando, y de los cuales él como máximo mandatario del Ejército es el responsable, no sería justicia. Sería venganza.

¿Qué significa este argumento en realidad? Significa que al generalizarlo a toda la jurisdicción guatemalteca tendríamos que dejar impunes muchos crímenes graves, dejar en libertad a cualquier asesino común para evitar la venganza. De hecho, y lamentablemente, eso es bastante usual en el país, ya que la mayoría de los delitos cometidos día a día nunca se resuelven en un juicio. La impunidad sigue siendo aterradora, tanto en los barrios más pobres como en los círculos más altos de la sociedad. Solo que las consecuencias políticas y sociales de la impunidad para el país son mucho más graves cuando esta ocurre en los círculos altos.

También significa que a Ríos Montt todavía no le importan estas vidas humanas que se exterminaron

durante y bajo su mando. El hecho de querernos persuadir de que estos crímenes de guerra no merezcan ser sancionados jurídicamente, es muestra de que no ha dejado atrás esa mentalidad genocida, que en los tiempos de la guerra justificaba cualquier masacre con el objetivo primordial del Ejército: ganar la guerra. Y es que no se trata de “excesos” aislados en el campo como algunos lo quieren banalizar, sino de un plan sistemático de violencia contra civiles elaborado en el escritorio de la cúpula militar.

Por eso es también que este argumento y el juicio contra Ríos Montt en general tienen un significado mucho más profundo para Guatemala: lo que nos quiere decir Ríos Montt –y con él una serie de gente interesada– es que para soldar las cicatrices de la guerra hay que olvidar. Para vivir en paz hay que reconciliarse. Y por eso los perpetradores de la violencia no deben ser juzgados. Pero si como padres y madres, hermanos y esposas, no nos podemos reconciliar con un asesino que queda impune, ¿cómo se podría aceptar como sociedad que las masacres a los conciudadanos queden impunes?

Estas personas que repiten el discurso de Ríos Montt –incluyendo el presidente de la República en su referencia al caso– disimulan con argumentos pseudomoralistas su propio interés material en ocultar los crímenes cometidos. ¿Dónde estuvieron su moral y su afán por la reconciliación cuando se dieron estas masacres? Para un hombre al que el masacar, violar y torturar a miles de seres humanos no le importaba y que aprovechó su poder político-militar para eliminar a la población “indeseable”, se podrían imaginar castigos mucho más crueles que ser juzgado ante un tribunal. Pero nuestro instinto civilizador y el Estado de Derecho que todos anhelamos nos impiden pensar en eso: la venganza. En el Estado de Derecho que queremos el acusado tiene el derecho a lo que los masacrados no tenían: a un juicio justo. Y eso es la justicia, no es venganza.

HELMER VELÁSQUEZ

La chaparra Sandoval



Una estrella del baloncesto.

Este país querido, volcado por ahora, al fresco de chilacayote, jocotes en miel, cebollas curtidas, molletes y torrijas, tamalitos de viaje, pescado envuelto en huevo y un largo menú de temporada. Todo aquello acicalado por el corozo y la jacaranda; reverentes procesiones y la histórica Huelga de Dolores, que acuñada por los estudiantes de la San Carlos, se sostiene sobre la creatividad, sátira y conciencia política de la juventud nacional. En el entusiasmo de estas sacrosantas y profanas pasiones, dejamos de lado los guatemaltecos –hombres y mujeres– el curso político de la vida nacional.

Nosotros aprovechamos el remanso para recorrer los andamios de la vida nacional, esos trebejos imaginarios que soportan la construcción de nuestra identidad y orgullo nacional; en el trecho, así, de sopetón, topamos con Elba Sandoval de Johnston, de emblemática prestancia en el baloncesto nacional. Tan es así que fue designada *La chaparra de oro* por la prensa deportiva del país. Es “doña Elbita”, la suma de una serie de cualidades filantrópicas y deportivas, asombrosa encestadora, entrenadora de vocación, maestra de baloncesto y mecenas de las artes nacionales bajo el alero de la Universidad Popular.

El recuento de sus hazañas deportivas nocaben en esta nota, me limito a señalar, que su carrera se remonta a los años cuarenta allá en San Luis Jilotepeque, Jalapa y Chiquimula, en donde fue seleccionada del INSO. Tiene en su haber siete cam-